

Lo característico ignaciano en una obra apostólica educativa y sus implicaciones para la formación del personal

Luis de Diego, S.J.

El poder de la educación: ayer y hoy

Cuatro antiguos alumnos de la Compañía están ejerciendo una sorprendente influencia en la Unión Europea. Mario Monti, Primer Ministro Italiano ha tenido un influjo tal que se le ha comparado, en Italia, con Cincinnato, el salvador de la antigua Roma. Esto se debe, en parte, a la ayuda de Mario Draghi (Italia), Presidente del Banco Central Europeo (BCE), y a Herman van Rompuy (Bélgica), Presidente del Consejo Europeo. Entretanto Mariano Rajoy, Primer Ministro de España, se siente suficientemente seguro como para desafiar a los altos mandos de Bruselas acerca del déficit del presupuesto nacional. Difícilmente podríamos imaginar un influjo mayor del que estamos presenciando. Con todas las diferencias regionales que existen en todos los colegios de la Compañía, parece ser que todavía hoy es posible educar a jóvenes como aquellos que describía Quintiliano: *vir bonus, dicendi peritus*: personas honestas, eminentes en el modo de de hablar.¹

Todo comenzó con una decisión pragmática en 1548, cuando los ciudadanos de Messina (Italia) pidieron a los jesuitas que *extendieran a sus hijos la enseñanza que daban a los novicios de la Compañía*. Inteligentemente, Ignacio envió a Messina algunos de los más brillantes jesuitas de que disponía. La empresa fue un éxito rotundo, y los colegios de los jesuitas comenzaron a multiplicarse. Sufragada por ricos mecenas y por los gobiernos locales, la enseñanza era gratuita y discurría en un clima en el que el hijo de un campesino se sentaba al lado del descendiente de un duque... En el giro de 50 años el sistema de educación se definió como *Ratio Studiorum*. Siempre por razones pragmáticas estas normas educativas fueron adaptadas a las circunstancias de tiempo y lugar, después de haber recibido el espaldarazo de Francis Bacon (1561-1626) sobre *El Progreso del saber*: "En materia de educación hay que consultar los colegios de los jesuitas. Por el momento no hay quien los supere".

En este marco, sin caer en triunfalismos pero conscientes del poder que puede tener nuestra educación, vamos a repasar tres documentos buscando esa esencia de la educación ignaciana. Resaltaré dos rasgos específicos que me parece importante subrayar hoy entre nosotros, y sugeriré algunas implicaciones para la formación.

¹ Noticia de Servicio Digital de Información SJ. Vol. XVI, No. 6 | 4 abril 2012, *El poder de la educación*.

1. La educación ignaciana brota de los Ejercicios

1.1. Tres documentos fundacionales

(a) Las Constituciones de la Compañía (1556)

Si los EE son la base de la formación de un jesuita y de un ignaciano a nivel personal, las Constituciones, que se escribieron inmediatamente después (1556), son su continuidad a nivel institucional, es decir, cómo se va a organizar el “cuerpo apostólico”.

La IV Parte describe la organización de todo el sistema educativo en los primeros Colegios y Universidades jesuitas. Sobre el método pedagógico que se debe utilizar la balanza se inclina, - frente a la metodología empírica de las universidades sajonas del tiempo, el interés por lo jurídico de las italianas, o el deseo de salvaguardar la ortodoxia de las españolas-, por el modelo francés, el de París, que sabe integrar los opuestos, e insiste en la importancia de la “*disputatio*” y la “*asimilación activa*”. Podemos rastrear en esta decisión la transposición al campo cultural y educativo de la importancia que en los Ejercicios se atribuye a la experiencia personal asimilada activamente, no de memoria, sino sabiendo discernir las diversas razones y sentimientos en pro y en contra para llegar a la verdad. Y para lograrlo será necesario utilizar la mediación de los estudios y de la cultura del tiempo. La espiritualidad ignaciana lleva a servirse y discernir la educación, la cultura, la política y todos los ámbitos de la vida que tienen que ver con la persona. No puede ni debe evadirlos.

(b) La Ratio Studiorum o Plan de Estudios (1599)

La educación ignaciana es un arte. Es el arte de enseñar. Y el documento más antiguo de los jesuitas sobre educación es la *Ratio Studiorum* (Plan de Estudios), de 1599. El alma de este Plan, su fuente espiritual, lo que le distingue de cualquier otro tratado educativo del mismo género es que se inspira, cuando habla de pedagogía, en el mismo método y espíritu de los Ejercicios. Los jesuitas, que llevaban en la sangre y en la médula la manera ignaciana de acompañar y educar a las personas aprendida en su espiritualidad, debían trasfundir necesaria y casi biológicamente esta misma manera en su pedagogía intelectual; eran incapaces de seguir direcciones divergentes. Y eso es lo que, cabalmente, nos transmite este Plan. No sería exagerado afirmar que, para los primeros maestros jesuitas, a educar (acompañar) a otros se aprendía pasando primero por ser educado (acompañado) en la escuela de los Ejercicios, para luego poder educar y acompañar a otros con el mismo espíritu.

(c) Las Características de la Educación de la Compañía de Jesús (1986)

La esencia de la educación ignaciana brota de la experiencia de los Ejercicios: Así lo afirma con claridad el documento sobre las Características de nuestra educación, elaborado por una comisión internacional de expertos en 1986. En él se afirma que es en la experiencia de los Ejercicios donde captamos la visión ignaciana del mundo cuyo objetivo no es otro que formar y educar a la persona, definida como un ser trascendente, con una dignidad inviolable que le viene de Dios, y que le va a hacer “libre para los demás”, capaz de servir. El equivalente jesuita al “*vir honestus*” de Quintiliano. Y esto es algo que se aprende en los Ejercicios.

El Documento va a seguir el mismo itinerario de los Ejercicios Espirituales, pero desde el prisma del educador. Se inicia proponiendo también un Principio y Fundamento (21-48), formulado así, en claro paralelismo con los Ejercicios, para el campo educativo:

La Educación ignaciana:

- *afirma la realidad del mundo y de la cultura*
- *ayuda a una formación personalizada dentro de la comunidad humana*
- *incluye una clara dimensión religiosa, y el “ser para los demás”*
- *es un instrumento apostólico*
- *promueve el diálogo entre la fe y la vida, entre la fe y la cultura.*

No escapa al Documento la consideración de los factores que impiden hoy la libertad y la toma de conciencia de los valores necesarios para poder ser “*personas para los demás*”. Hasta aquí el paralelismo con la Primera Semana de los Ejercicios (49-58).

La fórmula breve del cristianismo se condensa en “Seguir a Jesús”. No será otra la misión educadora de la Compañía aplicada a los diversos campos de acción (59-90). Y la actitud básica para lograrlo residirá en el *magis*, es decir, en la calidad de una educación “integral e integrada” que sepa unir fe y justicia como objetivos, y a los profesores y alumnos como cuerpo formador (116-142). El *discernimiento* de las actividades realizadas y de las decisiones a tomar será el método utilizado (143-153). Todo esto nos recuerda la Segunda Semana, con la que culmina la parte más decisiva de los Ejercicios.

Aquí se detiene el documento “*Características...*”. Aunque añadirá un apartado sobre “el modo de enseñar y hacer las cosas en la Universidad de París”, que ya mencionaban las Constituciones.

Según estos documentos “fundacionales” el educador ignaciano debe ser antes que nada un testigo: una persona con una experiencia y una visión de sí mismo, de Dios, del mundo, de los otros, de la cultura. Alguien con una “vocación”, es decir que se siente llamado y ha respondido. Es el equivalente jesuita al “*vir bonus*” de Quintiliano. Y después, alguien capaz de transmitir con fuerza y creatividad, con espíritu, la experiencia que ha vivido y que vive. Y, por ello, educador dentro de una determinada cultura. Sintiendo permanentemente “en proceso” y desafío frente a cada cambio de época.

1.2. Implicación para la formación del personal de las obras educativas hoy

No será ocioso, por tanto, seguir invitando no sólo a los alumnos sino a los que trabajan en nuestros centros educativos para que hagan la experiencia de unos Ejercicios ignacianos. Porque siguen siendo la base para la formación de educadores ignacianos, jesuitas o laicos.

En la Asamblea de Educación del 2011 se especificaba que la mayoría de nuestras obras educativas organizan tandas para su personal, y otras hacen uso de la oferta anual que hace la Provincia. Se constata que el personal atendido durante el año puede sobrepasar las 400 personas. Pero se hace notar al mismo tiempo que sólo vienen a sumar sólo el 2,4 % del total, estimado en 17.000 personas.

Parece haber por delante un campo en el que todavía queda mucho por hacer extensiva e intensivamente. Y para el que se necesitarán tiempo, recursos, una programación adecuada, y la formación de equipos preparados de laicos y jesuitas que puedan multiplicar la experiencia ofreciéndola a diversos niveles.

Sería útil programar las diversas tandas atendiendo diversos auditorios: equipos directivos, profesores, y también personal administrativo y empleados. Dado el pluralismo actual de intereses y situaciones personales sería conveniente ofrecer una experiencia de acuerdo a intereses

particulares: para indiferentes, para los que desean iniciarse, para los que buscan profundizarla. Y en diversas modalidades: Ejercicios cerrados de un fin de semana, de una semana, o abiertos en medio de las ocupaciones y la vida de cada día.

2. La educación ignaciana se enraíza en cada cultura

2.1. El espíritu de nuestra época

El “moderno” “individualismo religioso” de Ignacio de Loyola le llevó a percibir con agudeza los problemas de su propio tiempo y cultura. Su interés primario fue acudir a las fronteras, fueran éstas geográficas, culturales, religiosas, éticas o científicas. Por eso fundó Colegios y Universidades

Demos ahora un giro de 180 grados desde aquel siglo XVI de Ignacio, al siglo XXI de nuestra cultura globalizada y posmoderna. José Luis Pinillos, catedrático de Psicología, a quien voy a seguir en las siguientes reflexiones, se plantea, y nos propone, una interesante pregunta: *¿Sigue siendo válido el “individualismo religioso” y moderno de Ignacio, su espiritualidad, en nuestro tiempo y cultura posmoderna?* Una pregunta, que ya se hizo K. Rahner en los años setenta: es **central**, y no ha perdido actualidad.²

Aparentemente, habría que decir que no, que ya no vale hoy tal espiritualidad. Que más bien cabría sospechar que la propuesta ignaciana debería pasar inadvertida o rechazarse de plano en una cultura donde no se aceptan “mensajes”, (a no ser que sean SMS), y donde la frivolidad, el pluralismo, la incredulidad frente a los grandes relatos lo inundan todo. Esta incredulidad y rechazo a todo lo que suene a gran relato o narración, sea filosófica (ilustración, dialéctica de la ideas), teológica (valor del cristianismo), o ética (relativismo: “mis deseos son la realidad”) son la mejor definición del posmodernismo, y de su capacidad de subvertirlo todo, de sospechar hasta de los conocimientos aparentemente más sólidos y de los “mensajes” mejor establecidos como pueden ser los del cristianismo. El escepticismo moderno se nutre de interminables juegos con el “lenguaje”, que ya no pretende buscar la “verdad”, sino que sólo valora el comunicar lo más auténtica y directamente posible, todo tipo de experiencias. Un escepticismo que se nutre de falsos razonamientos, y de la inundación de informaciones inconexas (*TMI*). Es así como la mente posmoderna ve en toda gran palabra – y de una bien grande es portavoz Ignacio- un poder opresivo y fanático del que hay que liberarse. Reinan el esteticismo, la actitud lúdica ante la vida, la fragilidad, y el pensamiento *light*.

2.2. Tres ejemplos entre nosotros

(a) Una frase

“El futuro es tan incierto que es mejor vivir al día”. Esta fue la frase preferida por más de la mitad de los jóvenes mexicanos entrevistados para una Encuesta Nacional de Juventud, en el año 2005.

(b) Una canción

Nuestra juventud está presenciando grandes cambios en tiempos muy cortos, y naturalmente no sabe a qué atenerse. Hace suyas afirmaciones en la línea de: *“todo vale”, “da igual”, “qué más da”, o “las cosas han cambiado”*.

² RAHNER, K., *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, Sal Terrae, 1990, p.9. PINILLOS, J.L., “San Ignacio y el espíritu de las épocas”, en *Ignacio de Loyola en la gran crisis del Siglo XVI*, M-ST, 1993, pp. 205-209.

Una estrofa de la popular canción “Yo no sé mañana” del salsero nicaragüense Luis Enrique Mejía, sintetiza esta actitud en las relaciones personales:

“Yo no sé si tú, no sé si yo seguiremos siendo como hoy. No sé si después del amanecer seguiremos sintiendo la misma sed. Para qué pensar y suponer. No preguntes cosas que no sé. Yo no sé dónde vamos a parar / ya la piel nos lo dirá / para qué jurar y prometer algo que no está en nuestro poder/. Yo no sé lo que es eterno/ No me pidas algo que es del tiempo/ Yo no sé mañana si estaremos juntos / si se acaba el mundo./ Yo no sé si soy para ti, si serás para mí / si lleguemos a amarnos o a odiarnos/. Yo no sé mañana quién va a estar aquí..., de un café pasamos al sofá, de un botón a todo lo demás/ no pusimos reglas ni reloj. Aquí estamos sólo tú y yo. Esta noche estamos vivos. Sólo este momento es realidad. Lo que ahora vivimos es realmente lindo, yo no sé mañana..., mañana no hay nada escrito. Todo lo que ves es lo que soy, no me pidas más de lo que doy... Yo no sé cómo será el final, puede ser peor o puede ser mejor...”

Comenta un profesor ignaciano en Centroamérica: “Esta canción la cantan mis alumnas en los paseos y en recreo. La tienen grabadas en sus celulares. Les he comentado que el ritmo y la voz del cantante son bonitas, pero que tengo dudas de la letra. Mis alumnas me contestan que la letra no tiene nada de malo. Y me preguntan que si no me doy cuenta que la letra y el ritmo son contagiosos. Visto desde este contexto, la letra de la canción invita a las y los jóvenes a tener relaciones sexuales sin medir las consecuencias. “Yo no sé...” Como siempre, las jóvenes llevan las de perder y sigue aumentando el número de adolescentes embarazadas”.

(c) Una escena observada

“En una pizzería estaba una familia sentada justo enfrente de donde estábamos nosotros. Cinco personas: mamá, papá, y tres niñas que oscilaban entre los 10 y 13 años. Las tres niñas tenían los audífonos de sus Ipods insertos en sus oídos. Las tres, simultáneamente, estaban concentradas en enviar mensajes de texto desde sus celulares, mientras esperaban lo que habían pedido. Parecía que el papá y la mamá de esas niñas no existían. Simplemente los ignoraban, porque su concentración era total en la pequeña pantallita. No había conversación entre las cinco personas. El papá hablaba con alguien desde su celular, y la mamá miraba el programa de televisión que estaba instalado en la Pizzería. Cuando llegó la pizza a la mesa la mamá servía, pero nadie se veía ni se comunicaba. Las niñas agarraban la pizza, la mordían y mecánicamente limpiaban sus dedos para continuar enviando mensajes de texto desde sus celulares. Cuando el papá de las niñas terminó su comunicación telefónica, la mamá recibió una llamada y siguió la misma dinámica del esposo por unos minutos. Impresionaba el hecho de que, en un tiempo aproximado de hora y media, como mucho dialogaron 10 minutos. Posiblemente no llegaron a ese tiempo. No había oportunidad de mirarse a los ojos, ni necesidad de hablar.”³

2.3 Y sin embargo..., Ignacio responde

Podríamos continuar enumerando otras características, algunas de ellas indudablemente positivas de la postmodernidad: apertura a la experiencia, importancia del momento presente y de saber disfrutar de la vida, tolerancia y universalidad, facilidades para en la comunicación y acogida de lo nuevo... Pero basta lo ya apuntado para preguntarnos de nuevo si la espiritualidad ignaciana sigue teniendo hoy una respuesta en nuestro ambiente.

³ Cfr el interesante artículo de José Alberto Idiáquez, S.J., “Globalización, Juventud y Cultura”, en *Diakonía*, XXXIV, Oct.-Dic. 2011, n.139, pp. 10-51, de donde hemos tomado estas referencias.

Porque frente a la **incredulidad** en los grandes relatos Ignacio propone la *fidelidad* al mensaje de Cristo, al gran relato de la revelación de Dios. Frente al **monismo** que disuelve hoy la tensión entre las grandes polaridades de la existencia: lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto..., se alza el *dualismo combativo* ignaciano que delimita las opciones y los campos con claridad. Y en oposición al **verbalismo** posmoderno Ignacio nos propone la *acción concreta*. Contra el deseo revolucionario de **subvertirlo** todo, Ignacio se decide por la alternativa de *purificarlo* todo sin subvertir nada. Y, en oposición al **fragmentalismo** y a la entrega en brazos de lo efímero y desechable, Ignacio afirma la experiencia de la *totalidad* de un Dios que nos espera, y que sigue “trabajando”. Finalmente, frente a una postura de jugar con todo en una vida gozada como mera diversión, en una existencia **frívola**, Ignacio nos planteará la vida y la muerte como realidades absolutamente *serias*, que no se pueden tomar en broma. Resumiendo: frente a la expresión de Lyotard: “*que nos dejen jugar, y que nos dejen jugar en paz*”, el Loyola nos propone más bien “jugárnosla”, porque él mismo siguiendo a Cristo, se jugó la vida.⁴

Y es que ser cristiano e ignaciano hoy lleva consigo necesariamente tener que discernir y asumir claramente algunas posiciones “*contraculturales*”.

Por eso pienso que tenía razón K. Rahner cuando intuyó que el “moderno individualismo religioso” de Ignacio podía ser un respuesta válida, también frente a la posmodernidad. Esa respuesta, con todos sus contrastes, resulta fascinante para gente que no se resigna a vivir únicamente lo efímero del instante. Para los que quieren oír palabras de esperanza en medio del ruido. Y para los que desean cultivar la persona interior y los valores más elementales que toda persona humana posee. Para los que tienen verdadera vocación de educador.

2.4. Implicación para la formación del personal de las obras educativas

Los primeros jesuitas debían aprender, antes que nada, “la lengua” que se hablaba en los países a dónde habían sido enviados en misión. Y se empeñaban en ello. Incluía tal aprendizaje el conocimiento de la cultura, de los usos y costumbres de la gente, de su actitud ante la vida.

Los educadores ignacianos hoy no podemos ignorar ni rechazar la lengua, “el lenguaje”, la cultura que nos rodea. Sino conocerla, aprenderla, para aceptarla en sus valores, y discernir sus peligros. Sería un grave error pensar que los adultos y educadores no experimentamos el impacto de esta nueva cultura. Jóvenes y mayores vamos en el mismo barco. Y las implicaciones de este lenguaje en el mundo de las ideas, los valores y de la educación son de primera importancia.

Como educadores somos conscientes de la dificultad que enfrentamos. Podemos preguntarnos: ¿Estamos capacitados para entender la cultura y el lenguaje de nuestros jóvenes, para escucharlos y dialogar con ellos? ¿O nuestras palabras y valores pueden ser recibidos verbalmente, pero están muy lejos de conectar con sus intereses más reales? ¿Qué hacer?

Responde el P. Adolfo Nicolás, Superior de los jesuitas: “*Necesitamos entender con mayor profundidad e inteligencia este nuevo y complejo mundo interior creado por la globalización para que podamos responder de una manera adecuada y decisiva.*”⁵

En un Taller promovido por CERPE el pasado mes de Marzo para profesores de nuestros Colegios,

⁴ Así lo afirma Pinillos, J.L., “San Ignacio y el espíritu de las épocas”, en *Ignacio de Loyola en la gran crisis del Siglo XVI*, M-ST, 1993, p. 208.

⁵ A. NICOLÁS, “Profundidad, universalidad, y ministerio académico: Desafíos a la educación jesuita de hoy” en *Encuentro mundial de Rectores de Universidades Jesuitas*. Edición especial. México: Iberoamericana de Ciudad de México, 2010.

me llamaron la atención dos observaciones escuchadas en la evaluación final:

Los jóvenes hoy se encuentran en otro nivel de comunicación muy diferente al de nosotros educadores. Utilizamos un lenguaje oficial y pastoral (¿quizá también en ocasiones aburrido, mediocre y lejano?, (*meh...*), pero ellos viven unas realidades e intereses que a veces ni conocemos. Se relacionan en forma distinta sobre lo que de verdad les atrae. Si queremos acompañarles y educar tendremos que conectar con sus propias experiencias, conocer su manera de comunicarse. Encontrar creativamente nuevas palabras, religiosas o no, para comunicarnos. Sólo así seremos capaces de ayudarles a discernir lo valioso de lo que es pura mercancía.

Se echa en falta un Plan organizado para la Formación de los Educadores en nuestros centros, que incluya la dimensión pastoral dentro de la Gestión Educativa Estratégica. No bastan talleres o cursos aislados sobre cualquier tema que aparezca como interesante en el horizonte. Tal Plan debería asumir con cierta seriedad, disciplina y orden, algunos elementos de reflexión teológica y filosófica, de espiritualidad, de psicología juvenil, de antropología cultural y religiosa, de pedagogía, de las ciencias económicas, sociales y políticas...

Seguramente formar un educador integral ignaciano es más complejo y costoso hoy en personas, tiempo y recursos, de lo que era hace algunos años. Los educadores necesitamos elaborar y utilizar creativamente un nuevo lenguaje para la pastoral y la relación interpersonal. Un lenguaje que debería incluir hechos, sentimientos, necesidades, y peticiones concretas. Esta renovación del lenguaje es particularmente importante en lo que toca al tema religioso, si es que queremos transmitir nuestro “mensaje” de una manera eficaz.

3. Conclusión

¿Cuál es la misión más importante del jesuita o educador ignaciano en Venezuela hoy? Estar presentes prioritariamente en dos frentes:

- el medio popular, por ser el más necesitado y abarcar a la inmensa mayoría de la población.
- la educación media y universitaria: porque de ahí van a surgir probablemente los líderes del futuro.

¿Y cuál es la oferta específica más importante a entregar en estos dos sectores? Nuestra espiritualidad: Para formar así personas honestas, y capaces de discernimiento y acción a nivel personal, familiar, pedagógico, e insertas en la propia cultura, y en el ambiente social y político que les toca vivir.

Se trata de continuar progresando en el 2012 por el mismo camino que transitaron las dos Asambleas previas de 2010 y 2011. El “camino ignaciano” que apunta a “*desear y elegir lo que más conviene*” entre las muchas y diversas experiencias e iniciativas ya puestas en marcha, o todavía por visualizar y proponer en esta Asamblea.